

# LIBERTAD, LIBERTAD, LIBERTAD

Facultad de Filosofía y Letras.  
Programa para el Seminario de  
Literatura Comparada: "Las gran-  
des escapadas del Siglo XVIII".  
I, Friedrich von Trenck (Alema-  
nia, 1726 - 1794), Merkwürdige  
Lebensgeschichte, 1787. II, Jean  
Henri Masers de Latude (Francia,  
1725 - 1805), Histoire d'une détention de trente-neuf  
ans dans les prisons d'état, 1787. III, Giacomo Casanova  
di Seingalt (Italia, 1725 - 1798), Histoire de ma  
fuite des prisons de Venise, 1787.

(Profesor Roger Duguay)

DUGUAY TARDÓ EN despegar los párpados y cuando al fin abrió los ojos desconoció la alcoba. Ruidos de zapa lo habían despertado. Era que Trenck, Latude y Casanova estaban excavando muros para escaparse. ¿Cómo? ¿en prisiones de distintos países? Absurdo ¿no? Él, mágicamente transportado al siglo XVIII, oía en un aposento fantasmal el golpeteo de herramientas en prisiones de Magdeburgo, París y Venecia.

Ucrónico y ubicuo, Duguay se sintió compañero de esos tres audaces. Inocentes, no eran; y él comprendía muy bien por qué los habían castigado. Motivos de sobra tuvo Federico el Grande para meter en un calabozo a Trenck, que con sus amores comprometía el honor de su hermana. También Madame Pompadour, la favorita de Luis XV, actuó con prudencia al hacer encarcelar a Latude, que se había atrevido a alarmarla enviándole un paquete de pólvora. Y, teniendo en cuenta las ideas de la época, era natural que el Inquisidor apresara a Casanova, acusado de nigromante. Aun comprendiendo estas Razones de Estado, Duguay no dejaba de compadecerse.

Se irguió en la cama y, ya acostumbrado a la oscuridad, asistió a un extraordinario espectáculo de sombras. Igual que el circo, el espectáculo comenzó con un estruendo, sólo que no de redoble de tambores, sino de ladrillos que se desmoronaban, y acto seguido ¡aaah! de tres boquetes recién minados saltaron con la prontitud de saltimbanquis Trenck, Latude y Casanova. Traían en la mano rudimentarios utensilios: una faca, un gancho, un espontón. Sin fijarse en la puerta corrieron hasta la pared de enfrente y se pusieron a romperla.

Sobre la conducta de ellos Duguay observó tres peculiaridades. Primera, que apenas dieron las espaldas los boquetes tomaron a cerrarse, como si la habitación fuera de humo. Segunda, que no se intercambiaron ni un gesto, como si fueran invisibles entre sí o no existieran. Y tercera, que vencían la resistencia de los materiales con pasmosa facilidad, como si un solo golpe produjera el efecto de múltiples golpes.

Se escabulleron Trenck, Latude y Casanova, cada uno por su propio socavón, y Duguay trató de imaginarse los itinerarios de sus huidas, cosa difícil porque ignoraba la estructura del edificio. Ni siquiera sabía si el cuarto donde está tendido formaba parte de una arquitectura de cubos o de curvas. A lo mejor estaba enjaulado en una cárcel dentro de las *Carceri d'Invenzione* del dieciochesco Piranesi.

## ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Interrumpió sus reflexiones porque del techo cayeron trozos de yeso y por unas brechas asomaron las caras de Trenck, Latude y Casanova. Barrieron con una mirada el suelo, comprobaron que se habían equivocado, se retiraron y a poco Duguay oyó que, ya lejos, reasumían sus excavaciones. Aunque los ruidos, al marcar distancias, se traducían en imágenes de espacio, Duguay no hubiera podido decir si en ese momento estaban ensanchando un tragaluz, derribando un tabique, arrancando una reja, desprendiendo una baldosa. ¿Por dónde diablos andaban? Quizá por túneles, por escaleras, por subterráneos, pensó Duguay; y se dijo: "Cuando Trenck, Latude y Casanova escriban sus Memorias sin duda describirán los laberintos de sus respectivos presidios; entonces sabré lo que ahora, habiéndome olvidado de que ya las leí, sólo puedo imaginarme y desear que alguna vez escriban Memorias". Claro.

Al rato, no más, los prófugos estaban de vuelta. Esta vez habían penetrado por debajo del piso. Ninguno de ellos tenía conciencia de la existencia de los otros (ni podían tenerla porque vivían en naciones aparte y nunca se conocieron) pero aparecían y desaparecían juntos, como títeres movidos por un mecanismo común. Este mecanismo funcionaba en la cabeza de Duguay. Fuera de su cabeza los títeres no eran títeres sino hombres desorientados —o ratones desorientados— que se extraviaban y rebuscaban el camino, salían de una celda, se metían en otra más hermética y tenían que retroceder. Sus idas y venidas horadaban el espacio y lo dejaban hecho una esponja, reducían el tiempo y lo dejaban hecho un álbum de instantáneas. En los intervalos entre ausencia y ausencia Duguay apenas alcanzaba a dar un vistazo a sus hombres —ratones. ¿Hombres, ratones? Al bajar, siquiera en un raptó metafórico, de la idea de "hombre" a la idea de "ratón" —que fue un bajar de las superficiales convenciones de la cultura a las profundas fuerzas de la naturaleza— Duguay se desvaneció en un vértigo metafísico: "¿Qué es la Culpa, la Libertad, la Creación?". Era esa hora de la alta noche en que la lógica juega a la locura. "La evolución biológica y la historia humana serán continuas —pensó— pero las conocemos discontinuamente. Es un conocimiento lleno de vacíos. De los vacíos surge a veces una certeza: por ejemplo, la de que todos los seres vivientes están escapándose de algún conflicto. Todos, absolutamente todos, procuran la libertad pero ¿para qué? ¿para hacer lo de siempre? ¡Bah! Trenck, Latude y Casanova, una vez libres, seguirán siendo los mismos tarambanas".

Fatigado por las fatigas ajenas de tantos proyectos de fuga sin promesas de cambio, el profesor Duguay hundió la cabeza en la almohada, cerró los ojos y cayó dormido, hasta que ruidos de zapa lo despertaron.